

China en África: ¿Oportunidad o amenaza?

Carlos Oya

Profesor Titular de Economía Política del Desarrollo en la School of Oriental and African Studies (SOAS). Universidad de Londres

Introducción: Contexto histórico de las relaciones sino-africanas

El pasado noviembre de 2006 tuvo lugar en Pekín una cumbre China-África sin precedentes, con la participación de 48 Jefes de Estado africanos, de los 53 del continente, y sus respectivas delegaciones, en un acontecimiento que tenía mucho más que de simbólico. El Gobierno chino dio a 2006 el apelativo de “el año chino de África”, lo que, más allá de las retóricas usuales en este tipo de eventos, correspondía a una realidad significativa que tratamos de analizar en este artículo.

A pesar de que los vínculos entre China y los países africanos no son nuevos, en los últimos años las relaciones sino-africanas han adquirido unos tintes nuevos y extremadamente significativos. La creciente presencia de China en el África Subsahariana (de ahora en adelante “África” para simplificar) no se ha notado solamente en las variables económicas de comercio, inversión y flujos de ayuda bilateral, sino que está también teniendo un eco significativo en los medios de comunicación (especializados, como *The Economist* o *The Financial Times*, o no) y en el seno de la comunidad académica con interés por África y Asia. Lo cierto es que, más allá de los indicadores para los cuales hay datos anuales actualizados, especialmente en lo que respecta a los flujos comerciales y de inversiones, hay información escasa o poco fiable sobre muchos aspectos de la creciente presencia china en África, lo que implica un significativo grado de especulación en lo que se viene publicando recientemente sobre el tema. En ese sentido, este artículo trata la cuestión también con un inevitable tono especulativo y escasamente conclusivo. En cualquier caso, este tema dará que hablar en el futuro, y señala una tendencia muy importante, con repercusiones a muy largo plazo, tanto para África y China como para la economía mundial.

Las relaciones sino-africanas de los años sesenta y setenta vinieron marcadas por el contexto de la Guerra Fría y la

competición entre la URSS y China para ganar espacios de influencia en África. Así, China tuvo un papel importante con su apoyo a determinados movimientos de liberación como el de UNITA en Angola (al principio de la guerra, y en oposición al MPLA apoyado por la URSS) o ZANU en Zimbabue, así como a Gobiernos socialistas como los de Tanzania y Zambia, que daban cobijo a los movimientos de liberación anti-*apartheid* del África Austral. De esta época datan ejemplos de cooperación como el ferrocarril que unía a Zambia con Tanzania (TAZARA), y daba a la primera una salida al mar en un momento de bloqueo de salidas alternativas por la existencia de regímenes de *apartheid* en los países vecinos del sur. En aquella época, Mao Ze Dong aspiraba a liderar un movimiento de países no alineados y de orientación socialista, por lo que los movimientos de liberación africanos y el surgimiento de líderes carismáticos socialistas como Nyerere (un aliado especial de la China de Mao) dieron pie a varias iniciativas de cooperación entre esos países africanos y la República Popular China. El objetivo de aislar internacionalmente a Taiwán, a través de la extensión de alianzas a cada vez más países con representación en la ONU, representaba ya entonces una razón para el desarrollo de esos lazos, que se reforzó después de 1980, cuando los vínculos eran menos estrechos, y que continúa hoy día. Por lo tanto, estas relaciones venían marcadas en general por la diplomacia, los proyectos ideológicos, la cooperación militar y el apoyo chino en infraestructuras. Lo cierto es que en esa época China vivía unas circunstancias económicas muy diferentes de las actuales y no tenía la capacidad que hoy tiene para influir y dejar notar su presencia como “socio” político y económico.

Tras unos años de menores contactos entre China y África, todo ha cambiado con el *boom* del crecimiento chino. Su extraordinaria expansión industrial ha cambiado el peso de la economía china y, lo que es más importante, su proyección internacional y presencia en la economía mun-

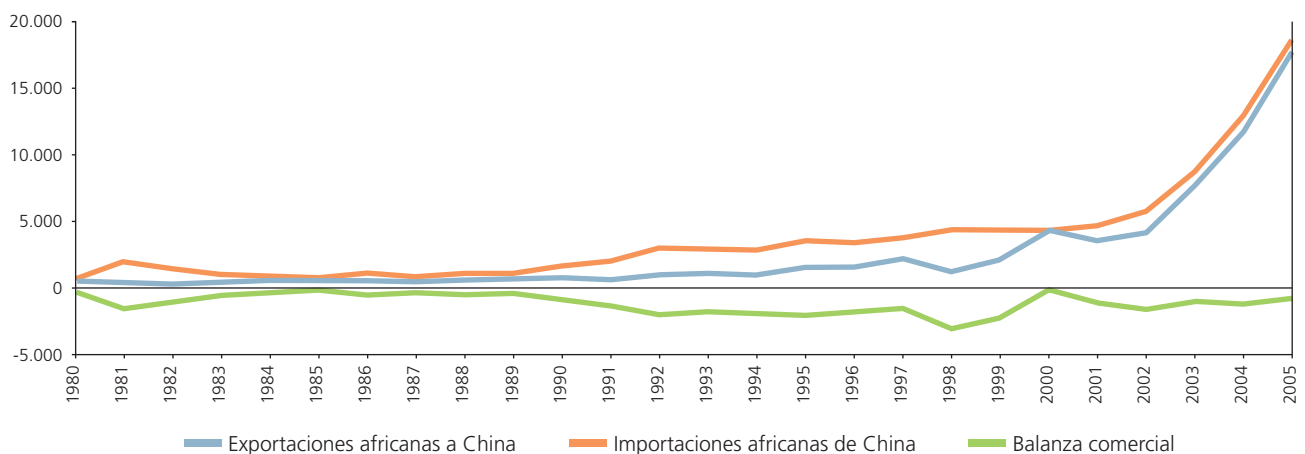
dial. Así, China se está convirtiendo en una de las mayores economías del mundo en términos absolutos, y en un gigante industrial que no deja de atraer inversiones extranjeras asociadas a la deslocalización de actividades productivas en los sectores industrial y manufacturero, especialmente. Lo que impresiona de esta evolución es el sostenimiento del crecimiento acelerado durante un largo período y la escala en que todo esto ocurre, en términos de producción, exportaciones, empleo y, cómo no, consumo de energía y materias primas. Es este último aspecto el que ha venido a dar una nueva dimensión a las relaciones entre China y el continente africano.

Tendencias recientes: El boom chino en comercio, inversión y cooperación

Aproximadamente desde el año 2000, los datos de comercio muestran que el crecimiento de las exportaciones de China a África y de las exportaciones africanas a China ha sido espectacular; estas últimas registraron un incremento del 54% anual solamente entre 2000 y 2004. El Gráfico 1 ilustra el crecimiento exponencial desde 2002 tanto de las exportaciones africanas hacia China (constituidas por petróleo y metales en casi un 80%: véase Cuadro 1) como de las importaciones africanas de China. La balanza comercial no ha variado mucho entre los años noventa y los últimos años, precisamente porque a pesar de que

se habla sobre todo de las exportaciones africanas hacia China, lo cierto es que esta última ha logrado abrir un mercado importante para sus propias exportaciones (fundamentalmente productos textiles y calzado, maquinaria, y otras manufacturas) en África, que, de momento, arroja un saldo deficitario para el continente africano. Según datos del Banco Mundial y de la UNCTAD, en 2004, China ya era destino del 9% de las exportaciones totales de África, y del 40% de las exportaciones de bienes africanos al continente asiático, con la India en segundo lugar, a larga distancia con menos del 10%. Asimismo, las importaciones de China ya representaban el 13% del total importado por el continente africano, y alrededor del 35% de las importaciones africanas procedentes de Asia. Estas cifras se han alcanzado especialmente desde el año 2000 en adelante, período en el que el crecimiento de las exportaciones e importaciones entre países del África Subsahariana y China ha sido espectacular. Así, se estima que, en términos globales, China es el tercer socio comercial del continente africano después de EE.UU. y Francia. Este impresionante impulso a los flujos comerciales sino-africanos coincide con otras tres tendencias. Primero, China está enviando a África crecientes flujos de ayuda económica en forma de donaciones y sobre todo de préstamos muy concesionales, sin condiciones. Segundo, China se ha implicado mucho en varios proyectos de infraestructuras en diferentes sectores y países. Tercero, varias empresas chinas, muchas de ellas de propiedad es-

Gráfico 1. Comercio entre China y África, 1980-2005 (millones de dólares USA)



Fuente: FMI, *Direction of Trade Statistics Yearbook*, 2007.

Cuadro 1. Porcentaje de productos seleccionados en las exportaciones hacia China, por país

	Petróleo (crudo)	Metales	Madera	Algodón
Angola	100			
Sudán	98,8			
Nigeria	88,9			
Congo	85,9			
Gabón	54,8		42,3	
República Democrática del Congo		99,6		
Ghana		59,8		
Sudáfrica		45,6		
Camerún			39,7	
Tanzania			23,4	53,8

Fuente: Kaplinsky *et al.* (2006).

tatal, se están posicionando con inversiones importantes en la extracción o transformación de diferentes materias primas, especialmente petróleo, cobre, diamantes y madera. La fórmula incluye pagos en especie por parte de los préstamos concesionales y, sobre todo, inversión extranjera directa (IED).

La IED hacia África está en general muy concentrada, y seis países apenas concentran más del 70% de los flujos de capitales en el período 1990-2004, según datos de la UNCTAD. De éstos, tres países (Angola, Sudáfrica y Nigeria) reciben casi el 55% del total de los flujos. La IED proveniente de China obedece también a estos patrones de concentración porque, al igual que para otros flujos de IED, lo que atrae principalmente capital chino son los recursos naturales y la posibilidad de vender en mercados relativamente grandes, o de conseguir plataformas de exportación hacia Europa. Por el momento, solamente el 8% de los flujos de IED en África vienen de Asia. A mediados de 2006 el *stock* de IED en África proveniente de China era de 1.180 millones de dólares, extremadamente concentrados en Sudán, seguido de Nigeria y Sudáfrica¹. Hoy se estima que unas 700 empresas chinas operan en la región, y hasta el reciente *boom* de inversiones en el sector petrolero, de 2005 en adelante, el 75% de la IED china en África se dirigía fundamentalmente al sector terciario (construcciones, operaciones financieras, comercio y distribu-

¹ Broadman *et al.* (2006), pág. 11.

ción y transporte), mientras que la minería y el petróleo representaban un 13%.

En estos flujos (comerciales y de inversiones), algunos países africanos se han visto particularmente beneficiados. Los principales son Angola (petróleo), Sudáfrica (varios recursos minerales), República Democrática del Congo (minerales preciosos), Zambia (cobre), Sudán, Nigeria y Chad (petróleo). De hecho, el comercio del petróleo entre África y China está bastante concentrado, como lo demuestra el hecho de que en 2005 Sudán y Angola suministraban el 70% de las importaciones chinas de crudo africano. Más países se han beneficiado, por otro lado, del crecimiento muy considerable de la ayuda económica oficial de China a Gobiernos africanos. Aunque no hay datos sistemáticos sobre ayuda china a África, diversas fuentes señalan una escalada importante en los últimos seis años. Así, por ejemplo, en 2006 China extendió una línea de crédito de 8.000 millones de dólares a solamente tres países (Nigeria, Angola, Mozambique), cifra que supera con creces todo el crédito del Banco Mundial al continente. Algunas estimaciones apuntan a que China es hoy por hoy el principal donante para el conjunto del África Subsahariana, pero lo cierto es que el incremento ha sido también muy importante. Sobre este tema volveremos en el último epígrafe de este artículo.

Impacto inicial de China en África

El espectacular crecimiento del comercio entre China y África está obviamente generando oportunidades muy importantes para algunos países exportadores, especialmente de energía, metales y otras materias primas, para diversificar los destinos de sus exportaciones y así reducir su vulnerabilidad externa. Estos países incrementan sus ingresos por exportaciones y aligeran las restricciones estructurales de divisas que han sufrido en el pasado. Por otro lado, el gran crecimiento de la demanda internacional de materias primas derivada del empuje de China y la India, ha tenido un impacto en los precios de muchos productos. El Gráfico 2 muestra la evolución de tres grupos de bienes exportados, y el espectacular crecimiento de los productos energéticos y metales, especialmente desde 2003. Según el Banco Mundial, un porcentaje elevadísimo del crecimiento espectacular de la demanda de estos productos lo explica el crecimiento de las importaciones chinas. Por tanto, los exportadores africanos de estas materias primas no sólo se benefician directamente del aumento exponencial del vo-

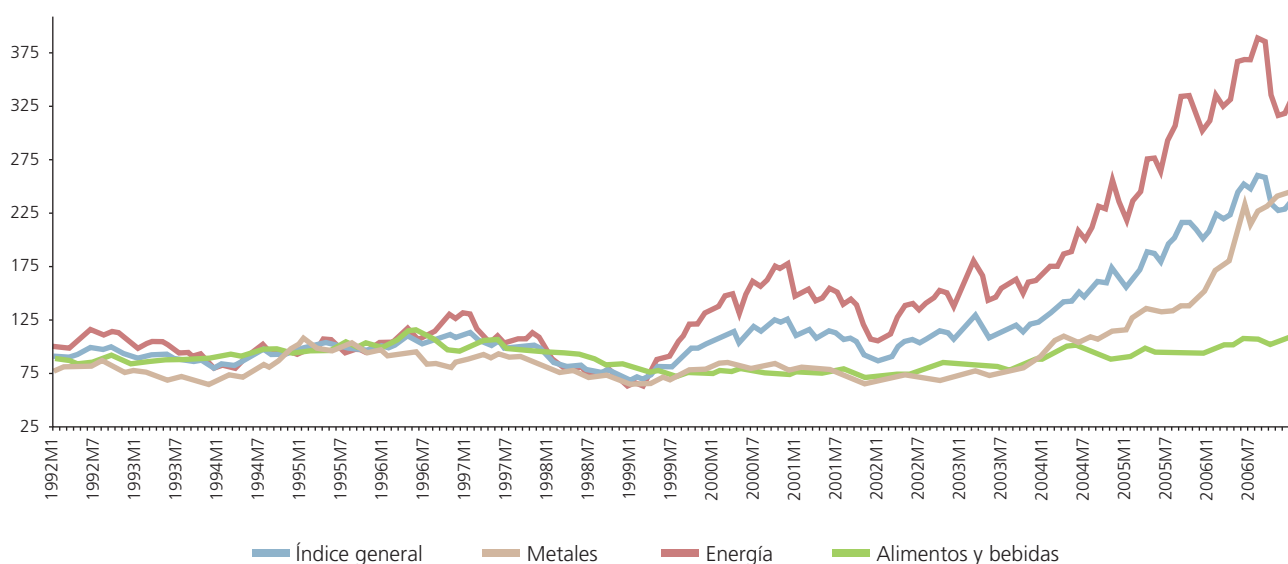
lumen de importaciones en China, sino de los efectos sobre los precios internacionales de estos bienes. Se estima que la mejora de los términos reales de intercambio ha supuesto un 7,5% de la renta nacional bruta (RNB) de los exportadores africanos de petróleo, 2,3% de la RNB de los exportadores de metales y 2,1% de la RNB de los exportadores de productos agrícolas (Broadman *et al.* [2006]). El problema es que el grado de concentración exportadora geográfica y por producto se reproduce, e incluso es mayor, en las relaciones entre África y Asia, en general, y China en particular. Por consiguiente, el comercio creciente entre China y África sigue reproduciendo el patrón exportador del subcontinente subsahariano, a pesar de que influye positivamente en su escala.

Por otro lado, hay una notable tendencia al escepticismo entre algunos analistas, especialmente en lo que se refiere al impacto de las crecientes importaciones chinas y la escasa capacidad de los Gobiernos africanos de proteger sus mercados, sobre las industrias locales y el capital nacional en los países afectados, sobre todo en el sector textil y de calzado. Kaplinsky *et al.* (2006) ilustran estos efectos con los ejemplos de Lesotho, Suazilandia, Kenia o incluso Sudáfrica, países en los que la industria textil sufrió la llegada de importaciones chinas en 2005, después de la aplicación de los acuerdos de la OMC y la eliminación de

cuotas en EE.UU., por ejemplo. Estas tendencias, aunque no afecten a un número significativo de empleos y sectores en el conjunto de África, sí provocan expresiones de “nacionalismo económico”, especialmente en Sudáfrica y Zambia, donde la masiva presencia de bienes de consumo chinos es vista como una amenaza por *lobbies* de producción local.

En cuanto a la IED, los inversores chinos en África parecen sentirse atraídos principalmente por dos factores. Primero, por la explotación de recursos minerales necesarios en China, y cuyos precios siguen aumentando considerablemente. Segundo, por la posible proyección internacional de una serie de empresas, especialmente protegidas por el Gobierno chino, y que tienen diversos objetivos, desde la acumulación de activos productivos en el continente, pasando por la producción de bienes de consumo para los mercados nacionales y regionales, hasta la constitución de posibles plataformas de exportación hacia la UE o EE.UU. En Zambia, por ejemplo, inversores chinos se han aprovechado rápidamente del proceso de privatización de las minas de cobre, que se fue acelerando hacia finales de los años noventa. Aunque la recuperación de varias minas que habían sido prácticamente abandonadas ha sido en parte posible gracias a la llegada de capital chino, no han faltado las críticas al *modus operandi* de estos inversores, es-

Gráfico 2. Precios internacionales de mercancías: Índice 1992-2006 (índice 1995=100)



Fuente: FMI.

pecialmente por sus sistemas de control de la mano de obra que, a los ojos de la opinión pública del país, rayan en la explotación sin límites. En cualquier caso, un rasgo común a varios proyectos de inversión chinos en África es que conciernen a operaciones que, a corto plazo, pueden tener una rentabilidad baja o incluso ser arriesgadas (especialmente en el caso de las inversiones en Zimbabue), pero cuyas perspectivas a largo plazo pueden ser muy diferentes. Las empresas chinas, a diferencia de otras, pueden correr estos riesgos gracias al apoyo de su Gobierno, que sigue una estrategia integral en África, basada también en la proyección de sus empresas. Está claro que los efectos de las inversiones chinas dependen también del entorno en que se producen y del modo en que los países receptores intentan o no maximizar sus beneficios. Así, Brautigam (2006), experta en relaciones sino-africanas, da el ejemplo de Mauricio y lo contrasta con Nigeria, donde la indiferencia del Gobierno y la falta de incentivos para los inversores chinos, junto con la ausencia de una comunidad de negocios china en el país, han hecho que las relaciones sino-nigerianas hayan sido limitadas y no hayan creado espacios de desarrollo industrial, o más inversiones productivas significativas.

Un área con extraordinario potencial en términos del impacto de las inversiones y ayudas chinas es la agricultura. Efectivamente, China se está empezando a plantear la cuestión de importar alimentos para sostener su proceso de industrialización y urbanización acelerada a gran escala. El país asiático se está transformando gradualmente en un importador neto de alimentos y esto puede afectar a los exportadores agrícolas significativamente. Pocos países africanos consiguen competir en el mercado de productos alimentarios, pero en los últimos años hay signos de que el Gobierno y empresas chinas tienen un especial interés en reforzar las capacidades productivas agrícolas de determinados países del continente, para suministrar al gigante asiático y reforzar sus lazos con África. La cooperación técnica con China ha sido muy efectiva en el pasado en varios países africanos, especialmente en el ámbito de la producción de arroz, pero otros cultivos se beneficiaban también ahora. Recientemente, se han anunciado proyectos de mejora de los procesos de agro-procesamiento de la yuca en Camerún con financiación del Gobierno chino. Lo interesante es que los vínculos con China son susceptibles de crear oportunidades no sólo para las exportaciones de materias primas agrícolas, sino también

de productos manufacturados de origen agrícola, lo que puede tener un impacto sustancial en las estructuras productivas de los países beneficiarios y en el empleo, aunque esto por el momento sólo es una hipótesis.

Otro efecto de la aceleración de los flujos comerciales, de inversión y ayuda económica ha sido la llegada significativa de chinos a varios países africanos. Se estima que unos 80.000 chinos se han establecido como residentes en los últimos años, y se empieza a notar su presencia en varias capitales del continente. Su distribución es, sin embargo, muy desigual, ya que unos pocos países concentran grandes proporciones de esta nueva migración. Uno de ellos es Zambia, precisamente donde ha habido más muestras visibles de protestas contra la presencia china, y donde se estima que unos 30.000 chinos han creado una nueva comunidad, centrada en las actividades comerciales y manufacturadas, que ha cambiado en parte el paisaje urbano del centro de Lusaka. Otras concentraciones se empiezan a observar también en Maputo, capital de Mozambique, donde los negocios chinos han proliferado rápidamente.

Hay razones para pensar que la creciente ayuda oficial del Gobierno chino a países africanos pueda tener un impacto positivo significativo. De hecho, la ayuda de China en varios países africanos está fuertemente concentrada en el desarrollo de infraestructuras² y en asistencia técnica, que suponen la participación de un gran número de expertos técnicos chinos. En materia de educación, la aportación de más de 600 profesores a 52 países africanos, así como las becas para casi 10.000 estudiantes africanos al año para cursar estudios en China (financiadas por el Fondo Chino para los Recursos Humanos Africanos) han tenido un impacto positivo, aunque aún limitado por la escala³. Además de estas aportaciones, China ha intervenido también en los procesos de reducción de la deuda, de tal forma que sólo en el año 2003, condonó 1.270 millones de dólares de deuda a 31 Estados africanos, dando así ejemplo a los países occidentales que han reducido la deuda pendiente con África en los últimos años (Alden [2005]). Uno de los

² Por ejemplo, Kaplinsky *et al.* (2006) estiman que "empresas chinas están trabajando en la rehabilitación de más de 600 km de carreteras en Mozambique (dos tercios del total en proceso de rehabilitación), y en la rehabilitación de un puente importante entre Mozambique y Tanzania. En Zambia, el Gobierno zambiano y la empresa pública china Sino-Hydro Company firmaron un acuerdo de inversión de 800 millones de dólares en 2003, para el desarrollo de la planta generadora de Kafue Gorge, en el que 80% de los fondos los pone la empresa china".

³ Sólo en 2005, 15.600 becas fueron otorgadas a 52 países del continente. Véase Kaplinsky *et al.* (2006).

aspectos más positivos de estos paquetes de ayuda es que adoptan una perspectiva de largo plazo, son relativamente predecibles y, en el caso de los préstamos, existe un acuerdo implícito de que, si las relaciones continúan entre los países afectados, la posibilidad de cancelación de la deuda contraída es muy elevada. Para los gobiernos receptores, además, el hecho de que estas ayudas, altamente coste-efectivas, se desembolsen rápidamente, con escasas trabas burocráticas y sin condiciones políticas o de política económica, las hace extremadamente atractivas. Sin embargo, analistas occidentales, y en especial las agencias de cooperación, ven con preocupación la posibilidad de que estas ayudas reduzcan los incentivos a mejorar la gobernanza en África, o que se dirijan a regímenes autoritarios que no respetan los derechos humanos.

En conclusión: Economía política de las nuevas relaciones sino-africanas

Una hipótesis plausible es que la creciente presencia de China como fuente de ayuda e inversiones en muchos países africanos afecte a la nueva agenda de la ayuda internacional promovida por el eje de países donantes de la OCDE. China pretende adornar su creciente ayuda al continente con la retórica de la cooperación Sur-Sur, y sin duda hay precedentes, aunque la escala y naturaleza del fenómeno son ahora diferentes. Kaplinsky *et al.* (2006) resumen la impresión predominante en los círculos de la “industria de la cooperación oficial” occidental acerca de las ayudas chinas a Gobiernos africanos: “La ayuda china para el África Subsahariana, de la cual se conoce poco, parece estar estrechamente vinculada a objetivos estratégicos y políticos, quizás aún más que la ayuda ofrecida por algunos países europeos y los EE.UU.”. A pesar de la retórica, no es menos cierto que las autoridades chinas no esconden sus intereses económicos y presentan el nuevo marco de relaciones principalmente en términos de asociación económica que precisa del impulso gubernamental.

Por otra parte, sean cuales fueren los “verdaderos” intereses de China en su intención de ayudar a países africanos con donaciones, préstamos concesionales y asistencia técnica, el hecho ineludible es que su presencia está ofreciendo alternativas a Gobiernos hasta ahora fuertemente restringidos por las múltiples condiciones ligadas a la ayuda occidental, especialmente la multilateral. Además, pocos inversores occidentales están dispuestos a arriesgar su

capital en entornos económicos, geográficos y políticos “complicados”. En el caso de Angola, corresponsales del *Financial Times* escribían recientemente: “...en una Angola devastada por la guerra, los chinos se han lanzado a uno de los entornos más inhóspitos para la inversión, ofreciendo una línea de crédito de 2.000 millones de dólares, avalada por el petróleo, en un momento en que los bancos e instituciones internacionales occidentales mostraban recelos a prestar dinero”⁴. Además, como se ha dicho anteriormente, es improbable que los préstamos que forman parte de esta creciente ayuda lleguen a generar una crisis de la deuda en África por la cláusula implícita de futura cancelación.

Desde luego un punto controvertido es en qué medida las autoridades chinas apoyan a regímenes que, a ojos de los Gobiernos occidentales y ONGs, tienen un historial negativo en materia de derechos humanos. Es el caso del Chad, Sudán, Angola y, sobre todo, de Zimbabwe. Mugabe, el polémico Presidente de este país, ha presentado en los últimos meses el apoyo de China como una victoria ante el total aislamiento por parte de Occidente, aunque los intereses de los inversores chinos sean el motivo principal de estas relaciones (por otro lado, mucho menos cuantiosas de lo que pretende Mugabe). La falta de injerencia en los “asuntos políticos internos” por parte del Gobierno chino es una constante en su rechazo a las críticas vertidas desde círculos occidentales. La única condición política, que no es en absoluto novedad, es bastante obvia: el no reconocimiento de Taiwán⁵. La cuestión es que, en el contexto actual, la diferencia más evidente entre la cooperación china y la occidental, al menos desde el punto de vista de la retórica, reside en la falta de “injerencia política” y de preocupaciones por la “gobernación” de los países africanos por parte de China⁶, que contrasta con la creciente obsesión por parte de los donantes occidentales con temas de corrupción, gobernanza y transparencia, de acuerdo con un modelo de “gobernación liberal” fuertemente apoyado por donantes como Reino Unido y

⁴ Véase *The Financial Times*, 23 febrero de 2006, pág. 15.

⁵ Así, hoy China tiene relaciones con 47 de los 53 Estados africanos y recientemente varios países, como Senegal o Chad, rompieron relaciones con Taiwán para aprovechar las oportunidades con China.

⁶ En unas declaraciones públicas, el Ministro chino de Asuntos Exteriores señaló que “nunca decimos cosas irresponsables sobre asuntos internos”, lo que constituye también un guiño para aquellos gobiernos que hacen declaraciones sobre derechos humanos en China. Véase también Xu (2006) al respecto.

EE.UU. En cualquier caso, no existen pruebas de ningún tipo que permitan establecer que la gobernanza en África esté *empeorando* como resultado del creciente apoyo chino a determinados gobiernos del continente. En general, aunque la estrategia política de China también incluye crear alianzas en el seno de la ONU, no está intentando defender principios políticos, sino que lo que inspira estas tendencias son principios comerciales y de inversión, así como de seguridad energética del país.

Por supuesto, los vínculos entre China y los países africanos no están exentos de desafíos, contradicciones e incógnitas. Una de las cuestiones que se plantean alrededor de las relaciones sino-africanas es que China parece tener un plan de largo plazo y obedecer a objetivos basados en una visión de futuro coherente, mientras que la estrategia de África aparece más bien fragmentada. En resumen, la ofensiva comercial y diplomática china en África responde a un proyecto coherente basado en cuatro pilares. En primer lugar, está la seguridad energética en China y la necesidad de ganar espacios en un continente que puede convertirse en su fuente principal de energía. En segundo término, la necesidad de asegurarse el control de materias primas necesarias para el sostenimiento del crecimiento industrial en los sectores manufactureros de mayor contenido tecnológico. Tercero, el objetivo de dar una proyección internacional a un conjunto de empresas estatales en varios sectores (manufacturas, construcción, banca, distribución comercial, etc.) a través de una exposición a inversiones en el extranjero y *joint ventures*, de cara a fortalecer su competitividad y escala de negocios a partir de la plataforma ofrecida por varios países africanos. Cuarto, está la posibilidad de ganar más aliados políticos en la ONU para, gradualmente, aumentar el perfil diplomático de China como un nuevo superpoder político que pueda contrarrestar el unilateralismo de los EE.UU.

Hasta cierto punto, la falta de proyecto definido por parte de los países africanos es normal si tenemos en cuenta que África es una constelación de países con intereses que pueden ser muy dispares, por lo que esperar una estrategia común en relación con China puede ser un tanto ingenuo. Otra cosa es que los países que están entablando relaciones más estrechas con China tengan o no una estrategia clara de largo plazo: en este caso, es más complicado realizar valoraciones que no sean especulativas.

La cuestión central reside en la capacidad de negociación y en los intereses de los gobiernos y sectores privados or-

ganizados africanos, a la hora de responder a las oportunidades planteadas por las relaciones con China, para seguir una visión de desarrollo a largo plazo que evite la mera explotación de los recursos naturales del continente. Además, más allá de que el enfoque de Pekín beneficie a regímenes autoritarios o con problemas de legitimidad internacional, lo cierto es que la ayuda de China y de otros países del G-22, como la India y Brasil, puede suponer algunas ventajas en términos de mayor *policy space* y poder de negociación para países que se han visto excesivamente limitados por unos esquemas no siempre adecuados a sus realidades sociales, económicas y políticas.

Orientación bibliográfica

Alden, C. (2005): "China in Africa", en *Survival*, vol. 47, nº 3, págs. 147-164.

Brautigam, D. (2006): "Flying Geese or Hidden Dragon? Chinese Business and African Development", ponencia presentada en la *Conference on China-Africa Relations*, Universidad de Cambridge, 12-13 de julio.

Broadman, H. et al. (2006): *Africa's Silk Road: China and India's New Economic Frontier*, Banco Mundial, Washington, DC.

Kaplinsky R., D. McCormick y M. Morris (2006): "Impact of China on Sub-Saharan Africa", informe para el DFID Office en China, disponible *on line*: www.ids.ac.uk/ids/global/AsianDriverpdfs/DFIDAgenda-Paper06.pdf

Xu Weizhong (2006): "Some Remarks on Recent Development of Sino-African Relations", ponencia presentada en la conferencia *The Role of China in Africa*, IPPR, 28 de junio.